

fiá prefere á este último, quien forma escuela, no sólo entre los laicos aficionados á la filosofía, como el duque de Chevreuse, el marqués de Alleman y el duque de la Force, sino también entre los miembros de la Academia de Ciencias, como el marqués del Hospital, Carré, Renau de Elizagaray, Pedro de Montmor, Varignon, Cattelán, Sauvion, el P. Moliere, Dortous de Mairán, etcétera; no sólo entre sus cofrades del Oratorio, como los PP. Thomassin, Quesnel y Bernardo Lamy, sino también entre los benedictinos (Francisco Lamy), en la Sorbona, y en el clero secular (Boursier, el P. Lanión, Renato Fedé). El propio Fenelón acabó por dejarse seducir, y finalmente, entre los jesuitas, el P. André (1675-1764) logra á fuerza de paciencia hacer aceptar su admiración por Descartes y por Malebranche.

Por lo que hace á Bayle, aun estando desterrado, consigue tantos éxitos en Francia como en el extranjero, y en París se constituye una pequeña iglesia baylista de la cual es el alma el abogado Mateo Marais. Las obras del refugiado de Rotterdam, no obstante la pesadez de su razonamiento y á pesar de las obscenidades que contienen, se reimprimen y los libreros de París pedían al canciller el derecho de reeditarlas. Cuando se publicó el *Diccionario*, los jóvenes acudían en masa á las bibliotecas para leer un libro en el cual, como decía más adelante Voltaire (que debe á Bayle más aún de lo que él mismo confiesa), «no había una sola línea que fuese una blasfemia evidente» y que, sin embargo, «no condujese á la incredulidad.»

IV.—La erudición (1)

Más curiosa, por lo mismo que no se esperaba, fué la influencia del Cartesiano en la erudición. El Cartesiano había lógicamente de entrar en pugna con todas las ciencias que la autoridad limita ó que, ocupándose sólo del pasado, son propias para mantener el respeto

(1) FUENTES: Además de los Prefacios y de las advertencias, generalmente muy cortos, de las obras de Mabillon que luego citaremos: Adrián Baillet, *Jugements des savants sur les principaux ouvrages des auteurs*, París, 1685, 9 vol. La Bruyere, *Les Caractères*, cap. de los *Jugements* y passim. Elias du Pin, *Bibliothèque ecclésiastique du XVII^e siècle*, París, 1719, 7 vol. en 8.º. Bayle, *Nouvelles de la République des Lettres* (1684-1687) y *Lettres* (cit. anteriormente, pag. 537; *Dictionnaire hist. et critique*, 1692. El P. Nicasio, *Correspondance*, pub. por Caillemer, Lyon y París, 1885. Valery, *Correspondance inédite* de Mabillon y de Montfaucon con Italia, P., 1843, 3 vol. El P. Nicerón, *Mémoires pour servir à l'histoire des hommes illustres dans la République des Lettres*, P., 1727-1745, 43 vol. en 12. Las *Bibliothèques* antes citadas del P. Long y de Papillon (1742-1745).

Obras principales de Mabillon: *Vetera Analecta*, P., 1675-85, 4 vol.; *Sancti Bernardi opera*, 1687, 2 vol., en f.º; *Museum italicum*, P., 1687-89; *Annales ordinis Sancti Benedicti*, P., 1703-1707. — *De re diplomatice libri*, VI, P., 1681; nueva ed., 1709; *Supplementum*, P., 1704; *Tratado de Estudios monásticos*, 1691, en 4.º; 2.ª ed., 1692; *Eusebi Romani ad Theophilum Gallum epistola de cultu sanctorum ignotorum*, P., 1698.

Elias du Pin, *Nouvelle Bibliothèque des auteurs ecclésiastiques contenant l'histoire de leur vie, le catalogue, la critique et la chronologie de leurs ouvrages*, è *Histoire ecclésiastique*, P., 1686-1704, 58 vol. en 8.º. — El P. Germón, *De veteribus regum Francorum diplomatibus... adversus Mabillonium (et Ruinartium) disceptationes*, P., 1703, 1706, 1707. — Rancé, *Tratado de la santidad y de los deberes de la vida monástica*, P., 1683. — *Histoire des Contestations sur la Diplomatique*, 1708. Véase pag. 541, nota 1.

OBRAS DE CONSULTA: El P. Lambert, *Histoire littéraire du*

esterilizador de la tradición y de los antiguos. Descartes había sido severo con los eruditos; Malebranche fué con ellos injurioso y en la *Investigación de la Verdad* colmó de sarcasmos todas las formas de ese «espíritu de polimacia» que, sin ilustrar el «sentido» da por resultado convertir la cabeza de los hombres en «una especie de trastera.» «Si esos sabios supieran, escribía, hasta qué punto los desprecio, difícilmente me perdonarían.» Los hombres de talento puramente literario y los naturalistas hicieron coro á los «nuevos filósofos.» La Bruyere se burlaba de los *Hermágoras* y de los *Diognetes*, y el P. Rapin alababa á su generación porque «se hacia sensible á la razón más que á todo lo demás.» Bayle se lamentaba todavía, en 1692, en su *Diccionario*, de que «un cierto espíritu más fino, acompañado de un discernimiento más exquisito» hubiese destronado la erudición: «La tratan de crasa pedantería... El estudio de la Crítica ha decaído.» Y para realzarla ante la opinión, no eran bastantes, seguramente, Tillemont ni Esteban Baluze (2).

El P. Mabillon fué más hábil. Ese benedictino de Saint-Germain-des-Prés había demostrado en 1681, en su tratado de *Re diplomática* (3) que el estudio, objeto de tantas burlas, de aquellos viejos documentos escritos en mal latín era una verdadera ciencia, que tenía sus principios, sus reglas, su «método», ni más ni menos que la psicología cartesiana. Y habiendo sido atacado aquel código nuevo de una ciencia desconocida, Mabillon y sus cofrades, especialmente dom Ruinart, confirmaron y precisaron, durante quince años, el método de la misma y demostraron que respondía á las nuevas exigencias del escepticismo racional. Esos paleógrafos cartesianos aliaban, á despecho de Malebranche, la erudición con la filosofía que había estado á punto de matarla.

De esta suerte rehabilitada ante una sociedad pensadora, la erudición prosigue, en los últimos años del reinado de Luis XIV, su labor útil, más por medio de sabios eclesiásticos que de sabios laicos. Estos últimos estaban especialmente en provincias: en Dijón, La Monnoye, Papillon y el presidente Bouhier; en Grenoble, Guido Allard; en Lyon, Jacobo Spon, etc. Sacerdotes (4) y monjes (5), en mayor número aún que á mediados

reigne de Louis XIV, P., 1751, 3 vol. en 4.º; Salomón Reinach, *Manuel de Philologie*, P., 1893. A. Rebelliau, *Bossuet historien du Protestantisme* (I. I, cap. 11), 1892. A. Giry, *Manuel de Diplomatique*, P., 1893. Jourdain, *Histoire de l'Université de Paris au XVII^e et au XVIII^e siècle*, P., 1862. H. Jadart, *Dom Jean Mabillon*, Reims, 1879. Manuel de Broglie, *Mabillon et la société de l'abbaye de Saint-Germain des Prés*, P., 1888, 2 vol.; *Bernard de Montfaucon et les Benedictins*, P., 1891, 2 vol. El P. Vanel, *Nécrologie des religieux décédés à Saint-Germain-des-Prés*, P., 1896. *Revue Mabillon*, pub. por Dom Besse, Chevetogne (Bélgica).

(2) Véase anteriormente pag. 246. En cuanto á la Academia de Inscripciones, hasta 1701 no fué reorganizada, según el modelo de la Academia de Ciencias (véase anteriormente, pag. 537, por el mismo P. Bignon. — Y todavía en 1710, cuando no tenía que componer medallas, la Academia se ocupaba sólo de traducir óramente fragmentos de autores antiguos y de hacer resaltar sus bellezas.

(3) Véase pag. 247.

(4) Los PP. Renaudot, Claudio Fleury, Le Gendre, de Longuerue, L. J. Le Clerc, Le Beuf, Le Fevre, Jacobo Boileau, Adrián Baillet, Lenglet du Fresnoy, etc.

(5) Entre los benedictinos de Saint-Germain-des-Prés: los

del siglo XVII, lánzase resueltamente al estudio profundo del pasado, capitaneados por los benedictinos, dominicos y jesuitas.

Y era también el P. Mabillon quien les excitaba á ello y les tranquilizaba, prescribiendo con impasible audacia en su *Tratado de los estudios monásticos* (*Tratado de los estudios monásticos*), aun á aquellos que vivían bajo la regla monástica más severa, un vasto plan de vida estudiosa, y presentando á todos los sacerdotes como un doble deber indispensable el respeto á la razón, á las «ideas claras» y la adquisición de conocimientos lo más extensos y minuciosos posibles. Pero los teólogos de la antigua escuela, á quienes esas osadías liberales escandalizan, protestan repetidas veces en las postrimerías del reinado. El P. de Rancé, el austero reformador de la Trapa, fulmina desde su desierto una elocuente acusación contra Mabillon:

«¿De modo que será menester que los monjes estudien las letras profanas, la filosofía, las lenguas; que penetren en el fondo de la teología y de la ciencia eclesiástica; que sepan la historia de la Iglesia, su disciplina, sus cánones; que lean con aplicación todo cuanto han escrito sobre estas materias los Santos Padres y los autores; y por último que se dediquen hasta al conocimiento de los *manuscritos* y de las *medallas*!...»

«¿Acaso tanta ciencia, sobre todo en la vida obscura de los monjes, interesa á la piedad?» Aun en el «siglo» ¿es favorable á la fe? Porque esta erudición ya no es, como en otro tiempo, cuestión de memoria, sino la investigación discutidora y razonadora, es decir, «de todos los estudios el más á propósito para desarreglar el corazón y la inteligencia «de los cristianos, «al concederles el derecho de examinarlo todo, de resolverlo todo...» Un jesuita, el P. Laubrusse, publicó, en 1710, un *Tratado de abus de la crítica* (*Tratado de los abusos de la crítica*).

Esos hombres se alarmaban justamente, como lo prueba la evolución de la teología en aquella época.

V.—La teología (1)

Porque también en la teología se deja sentir el Cartesiano para desarrollar en ella, no tanto la especulación metafísica como ese espíritu crítico que confronta con la evidencia razonable, ó pasa por el tamiz de la

PP. Blampin, Constant, Martene, Miguel Germain, Toustain, Tassin, Liron, Hodin, Devic, Dionisio de Sainte-Marthe, Beaugendre, Martianay, Massuet, Jacobo Martin, Vaissette, Lobineau, Bouquet, Rivet, Montfaucon, Felibien; entre los benedictinos de Saint-Vannes: los PP. Petitdidier, Cathelinot, Calmet; entre los jesuitas: los PP. Germón, Daniel, Juan Hardouin; entre los dominicos: los PP. Natividad Alexandre y Miguel Lequien; entre los oratorianos: el P. Le Long, etc. — Las grandes empresas benedictinas (la *Gallia christiana*, los *Anciens rites de l'Eglise*, los *Scriptores rerum gallicarum et francicarum*, el *Art de vérifier les dates*, la *Grammaire hébraïque et chaldaique*, la *Histoire littéraire de la France*, véase pag. 245, datan de aquella época.

(1) FUENTES (Generalidades): Además de las del P. de Avignon y de Elias du Pin, anteriormente citadas, y las *Correspondencias*, véase las *Mémoires pour servir à l'histoire des Sciences et des Arts, recueillies par ordre de S. A. S. Mgr. le prince souverain de Dombes* (ó *Journal de Trévoux*), 1701 y sig. y las gacetas ó compilaciones periódicas literarias citadas en Hatin, *Bibliographie de la Presse périodique*.

De Ricardo Simón véanse entre otras obras: *Fides Ecclesie*

verosimilitud lógica las ideas corrientes ó los hechos admitidos. Mabillon fué el primero que de ello daba el ejemplo peligroso, en materia de historia eclesiástica, en su *Lettre d'Eusebe à Theophile sur le culte des saints inconus* (*Carta de Eusebio á Teófilo sobre el culto de los santos desconocidos*) (1698), después de la cual los tradicionalistas azorados podían decir que, en lo sucesivo, «ningún santo, ninguna reliquia estaban seguros.»

Pero los libros de exégesis bíblica de Ricardo Simón fueron, á pesar de su modestia y de sus precauciones, los que más crudamente pusieron de manifiesto los efectos de aquella «crítica... desenfrenada,» acogida por el clero.

Después de haberla aplicado primeramente (2) al Antiguo Testamento (1678) aplicábala ahora al Nuevo. Estudiaba los Evangelios, no en conjunto, sino cada libro «en particular;» los autores, «el tiempo, el lugar, el idioma, el estilo de cada uno y los diferentes estilos» en que habían escrito; recogía y pesaba de nuevo las dudas formuladas en otro tiempo sobre su canonicidad,

orientalis, P., 1671, *Hist. critique de la créance et de la coutume des nations de Levant* (por el Sr. de Moni), Francfort, 1684; *Histoire critique du Vieux Testament*, P., 1678 (edición suprimida), Amsterdam, 1680, Rotterdam, 1685; *Histoires critiques du texte* (1689), *des Versions* (1699), *des Commentaires* (1692), *du Nouveau Testament*, Rotterdam, 3 vol.; *Le Nouveau Testament traduit en français*, Trevoux, 1702; *Lettres choisies*, Amsterdam, 1708 y 1730, 4 vol.; *Bibliothèque choisie* (por M. de Saint-Jove), Amsterdam, 1708-1710, 4 vol. en 12.

De Pedro Jurieu: *Examen du livre de d'Huisseau sur la Réunion du Christianisme* (Orléans), 1671; *L'Histoire du Calvinisme et du Papisme mis en parallèle*, Rotterdam, 1683; *Le Jansénisme convaincu de vaine sophistication*, Amsterdam, 1683; *L'Esprit de M. Arnauld*, Deventer, 1684; *Le vrai système de l'Eglise et la véritable analyse de la Foi*, Dordrecht, 1686; *Lettres pastorales*, Rotterdam, 1686-1688; *Des droits des deux Souverains en matière de religion*, Rotterdam, 1687; *Fastum... contre Aubert de Versé*, s. e., 1687; *Tratado de l'unité de l'Eglise*, Rotterdam, 1688; *Le Tableau du Socinianisme*, La Haya, 1691; *Defense de la doctrine... de Calvin et des Réformés sur le principe et le fondement de la foi*, Rotterdam, 1695; *La religion du latitudinaire*, Rotterdam, 1696; *Hist. critique des dogmes et des cultes bons et mauvais depuis Adam jusqu'à Jésus-Christ*, Amsterdam, 1704; *Le philosophe de Rotterdam* (Bayle) *accusé, atteint et convaincu*, Amsterdam, 1706.

De Fenelón, véanse en las *Euvres*, *Lettres* al arzobispo de Arrás sobre la lectura de la Sagrada Escritura en la lengua vulgar; *Examen de Conscience sur les devoirs de la royauté, Essai sur le Gouvernement civil*, *Tratado de l'existence de Dieu* y, respecto de esta última obra, el P. Tournemine, prefacio de la edición del *Tratado* de 1712 y *Reflexions sur l'Athéisme*, á continuación de la edición de 1718. Véase el texto inédito, pub. por el P. Griséle, *Fenelon métaphysicien* (en la «*Revue de Philosophie*,» 1904).

Respecto de las obras de Bossuet, véanse págs. 220 y 543.

OBRAS DE CONSULTA: Además de Picot, Créteanu-Joly, De Baker y Sommervogel, Feret, Haag y Bordier, Lichtenberger, obras citadas en los capítulos anteriores: A. Sayous, *La littérature française à l'étranger*, Le XVII^e s., París, 1853, 2 vol.; *Le XVIII^e siècle à l'étranger*, t. I, P., 1861. Vacan y Mangelot, *Dictionnaire de théologie catholique*, P., 1899 y sig. (en curso). Fr. Puaux, *Les Précurseurs français de la Tolérance*, París y Dole, 1880.

Respecto de R. Simón, Bernus, *Richard Simon*, Lausanne, 1862; *Notice bibliographique sur Richard Simon*, Basilea, 1882; Ingold, *Essai de bibliographie oratorienne*, 1880-1882. Margival, *Essai sur Richard Simon et la critique biblique au XVII^e siècle*, 1900. — Respecto de Malebranche, véase anteriormente la página 537. — Respecto de Fenelón, véase anteriormente, págs. 486 y 494. — Respecto de Jurieu, Denis, *Bayle et Jurieu*, Caén, 1886. — Respecto de Le Clerc, véase pag. 542. — En cuanto á las obras relativas á Bossuet, véase más adelante, pag. 543.

(2) Véase pag. 247.

sugería otras nuevas, discernía las adiciones, denunciaba las variantes y conjeturaba las omisiones; sacaba nuevamente á luz aquellos evangelios apócrifos, de los que á nadie gustaba hablar; reproducía la cuestión de la «inspiración»; comparaba y juzgaba sin escrúpulos las versiones del Nuevo Testamento y apreciaba con entera libertad á todos los comentaristas, sin reparar en menospreciar á los Padres más ilustres, aunque fuese San Agustín, ni en hacer justicia á los exégetas heterodoxos aunque fuesen socinianos, y combatía con malhumor severo la interpretación alegórica, «considerando la exégesis literal como la única explicación regular y normal de la Sagrada Escritura.» En una palabra, seguía siendo el espíritu cartesiano, ora ejercitando el derecho absoluto de juzgar, ora empleando criterios de evidencia (en esta ocasión las circunstancias de gramática y de historia) y aplicando osadamente todos los medios de investigación científica al libro divino, tratado por él sin más miramientos que cualquier libro profano.

Y sin embargo, esos escritos de Ricardo Simón, á pesar de contener cosas tan temibles, hacían su camino tranquilamente, pues los católicos no querían ver en ellos más que la tesis que disgustaba á los protestantes, á saber: que la Sagrada Escritura no es suficientemente constante en su texto, ni bastante clara en sus enunciados para servir de regla de fe. Y los poderes eclesiásticos esperaron para mostrarse rigurosos la aparición, en 1702, de una traducción francesa del Nuevo Testamento hecha por Ricardo Simón de conformidad con sus principios.

En el Refugio protestante, cuya historia intelectual es, á pesar del destierro, inseparable de la historia de las ideas de Francia, la misma crítica sin miramientos destronaba el viejo espíritu bíblico, la libertad respetuosa y ajustada á reglas de los Lutero y de los Calvino (y este era el espíritu del *Ars critica* de Juan Le Clerc) (1); al paso que en la teología especulativa, la idea de una Iglesia estrecha, depositaria única de los medios de salvación, desaparecía ante las doctrinas de «tolerancia» universal é indefinida, cuyos defensores entonces se multiplicaban: Aubert de Versé, Isaac Pápin, Lacene, Gedeón Huet (2).

Todo aquel movimiento de fecunda confusión de una teología que se abría, de buen ó mal grado, á pensamientos filosóficos, tiene entonces su expresión en dos hombres eminentes: Fenelón y Jurieu.

Jurieu era, desde 1675, el campeón más ilustre, el mejor armado del protestantismo contra Arnaud y Bossuet, contra todos los abogados del catolicismo vencedor. Pero tanto como teólogo apasionado es observador vigilante que sigue con simpatía las tendencias del pensamiento en marcha y quisiera amoldar á él la apologética templada de la Reforma.

(1) Juan Le Clerc, discípulo del cartesiano Chouet, redactor de la *Bibliothèque universelle et historique* (1686-1693), de la *Bibliothèque choisie* (1703-1713), de la *Bibliothèque ancienne et moderne* (1714-1727), autor de los *Sentiments de quelques théologiens sur l'Hist. crit. du Vieux Testament*, 1685, *Ars critica*, 1697; *Epistola critica et ecclesiastica*, 1700, etc.

(2) Véase el *Traité de la paix de l'Eglise, dans lequel on fait voir par les principes des réformés que la Foi de l'Eglise catholique ne choque point les fondements du salut et qu'ils (les réformés) doivent tolérer dans leur communion les chrétiens du monde, les sociniens, les quakers même.*

La conferencia de Bossuet con Claude (3), ayudada por los escritos de Nicole sobre la Iglesia, han puesto de relieve la necesidad de una regla espiritual que los protestantes habían rechazado en el siglo XVI y echado de menos en el siglo XVII. La *Histoire des Variations* (*Historia de las Variaciones*) ha evidenciado la inestabilidad perpetua y las divisiones dogmáticas del protestantismo, y ante este hecho ¿qué hace Jurieu? Niega que la unidad y la estabilidad de la fe sean esenciales al protestantismo; y aún hace más, pues demuestra que la Iglesia protestante, al variar, imita á la Iglesia antigua, ya que «casi todos los fundamentos de la fe actual» fueron ignorados ó combatidos por los Padres de los primeros siglos. De este modo, «para destruir el falso principio del señor de Meaux» de que «la verdad precedente de Dios tiene desde luego toda su perfección,» Jurieu infundía profusamente en la historia eclesiástica protestante las ideas de los «nuevos críticos» é instalaba en la teología calvinista la idea cartesiana de progreso y de evolución.

Pero he aquí que los incrédulos cartesianos se prevalen de esa lenta y vacilante formación del dogma cristiano para discutir la autoridad sobrenatural del mismo y para rehabilitar la «indiferencia,» el «Socinianismo,» que niega la Santísima Trinidad y á Jesucristo, y hasta el «Deísmo.» Contra ello protesta Jurieu, pero, cogido entonces entre Bayle y Bossuet, no consigue fijar su concepto de la Iglesia, y unas veces, por odio á Bossuet, la abre á todos los que á ella acuden, como una especie de «confederación voluntaria» en la que la «conciencia no está atada» por la autoridad de los sínodos ni por la de las Confesiones de fe, y otras veces, por miedo á Bayle, confiere á los magistrados civiles la potestad de determinar por sí mismos la ortodoxia de los grupos eclesiásticos nacionales y de castigar á los heterodoxos, y anatematiza hasta la «tolerancia civil» «destructora de la fe cristiana.» Sucesivamente afirma la necesidad del libre examen individual y rechaza este viejo principio protestante por «absurdo.»

La Teología de Fenelón, menos vacilante en sus conclusiones, no es menos aventurada, á veces, en sus tendencias. Y no es que le extravié la erudición, que le daba miedo y á la que señalaba al futuro cardenal Quirini como un peligro, sino que se deja arrastrar por la filosofía para la cual tenía extrañas complacencias. En su *Traité de l'Existence de Dieu* (*Tratado de la Existencia de Dios*) (1712) proclamaba que «la evidencia de las ideas» ha de ser la «regla inmutable de nuestros juicios» y que es menester someterse á ella, «á menos de renunciar para siempre á toda razón.» Él que, en otro tiempo, instigado por Bossuet, había combatido á Malebranche, parecía aceptar, en sus últimas obras, no sólo la *visión en Dios*, del oratoriano, sino también la existencia en Dios, de Espinoza, como condición normal de toda existencia humana perfecta; y parecía asimismo aceptar con gran contentamiento las consecuencias panteísticas de un sistema en el que su helenismo complaciase en encontrar de nuevo «las ideas» del «divino Platón.» Y si no sentía por San Agustín el menosprecio que Ricardo Simón no disimula, fomentaba la guerra sorda de los jesuitas contra el agustinianismo francés.

(3) Véanse págs. 194 y 196.

Su misticismo protestaba, sin duda con razón, de que no era formalmente quietista; pero, á pesar de esto, tendía á relegar á segundo término la fe concreta en un Cristo concreto. Por oposición á todas las prácticas que huelen á protestantismo, censuraba á los jansenistas porque autorizaban la lectura de los Libros Sagrados; pero los censuraba haciendo ver, más enérgicamente que Ricardo Simón se hubiera atrevido jamás á hacerlo, las «dificultades» escandalizantes que «el libro sa-

sario irreductible de éstas, y viendo el enlace de todos esos errores que, conscientes ó no, eran las manifestaciones diversas y confusas de un mismo malestar y de una misma evolución, los rechaza y los condena todos. En 1678 había hecho suprimir, así que apareció, la *Historia crítica del Antiguo Testamento* de Ricardo Simón, y en 1680 interrumpe la bella ordenación del *Discurso sobre la Historia Universal*, para zanjar imperiosamente con el «temerario crítico» la cuestión del



Benito Espinoza. Copia de un grabado de E. Fessard

grado puede ofrecer á los espíritus débiles.» Consejo político del duque de Borgoña, recomendábale la «tolerancia civil,» en tono tan resuelto, que no parecía sino que aceptaba, no menos que Bayle, las divergencias de la fe y las repugnancias de la conciencia: «es preciso dejar á los individuos, decía, en libertad perfecta de examinar, cada cual por sí, la autoridad y los motivos de credibilidad y de revelación.» Todas estas circunstancias reunidas hacían de ese prelado, á quien la Iglesia de Francia presentaba en 1713-1715 como su futuro representante oficial, un cristiano singularmente distinto de los cristianos del siglo XVII. Se comprende, pues, que Fenelón fuese, á los ojos de los primeros «filósofos,» un aliado ó, por lo menos, el fautor discreto de todas las emancipaciones religiosas.

Bossuet (1), por el contrario, sigue siendo el adver-

(1) Respecto de los últimos escritos de Bossuet (en cuanto á los primeros y al conjunto de su obra, véanse págs. 194-196 y 220-221); véanse en la edición Guillaume, que es la más reciente.

En lo que concierne á los protestantes: los *Ecrits* relativos á proyectos de reunión de los protestantes de Alemania con la Iglesia católica (1691-1693 y 1702) (véanse *Ecrits inédits* de Leibniz

Pentateuco y de Esdras. Antes de 1682 aún podía ser considerado como amigo de la filosofía cartesiana, pues se había complacido, en el *Traité de la Connaissance de Dieu et de soi-même* (*Tratado del Conocimiento de Dios y de sí mismo*), en fundir á Descartes con San Agustín y Santo Tomás; pero las locas construcciones de Malebranche le abren los ojos, y en 1687 predice que «bajo el nombre de Cartesianismo se prepara un gran com-

publicados por Foucher de Careil, 1867); en lo concerniente á Fenelón, véase anteriormente, *Quietismo*; en lo que concierne á R. Simón y á las otras polémicas, además de las obras antes citadas: *Instructions pastorales* (1702-1703) *contre le N. Testament de Tre-voux*, *Traité de l'Usure* (1682); *Maximes et Reflexions sur la Comédie*, 1694 (ed. Gazier, París, 1881); *Traité de la Concupiscence*, 1694, no publicado hasta 1731.

Sobre Bossuet, véanse, además de las *Mémoires et Journal* del P. Le Dieu, Sainte-Beuve, *Port-Royal*; *Lundis*, t. XII y XIII; *Nouv. Lundis*, t. II; F. Brunetiere, *Etudes critiques sur l'histoire de la Littérature française*, 2.^a, 5.^a, 6.^a y 7.^a series; G. Lansón, *Bossuet*, 1891; A. Rebelliau, *Bossuet historien du Protestantisme*, 1892; *Bossuet*, 1906; el P. Turmel en la «*Revue du Clergé français*,» 1904; Stapfer, *Bossuet, Adolphe Monod*, 1898; el P. Urbain, *Bibliographie de Bossuet*, 1900; el P. Levesque, *Revue Bossuet*, 1900.

bate contra la religión.» En 1688 publica aquella *Histoire des Variations des Eglises protestantes* (*Historia de las Variaciones de las Iglesias protestantes*), casi tan exacta como bella, en la cual comprendiendo que la idea capital que por todos lados se desmorona es la de autoridad, demuestra que la esencia y la razón de ser del catolicismo residen en su *unidad* inmutable, resultado de una regla aceptada constantemente. En 1690 dedícase á refutar expresamente la exégesis puramente filológica é histórica, á lo menos en lo que concierne á la historia cristiana primitiva, y á este efecto empieza una obra, en la que todavía se ocupaba catorce años después, la *Défense de la Tradition et des Saints Pères* (*Defensa de la Tradición y de los Santos Padres*), que es principalmente la defensa de San Agustín, «el único» doctor «necesario», según él, y el doctor suficiente, «el que suple á todos los demás.» Desde 1689 á 1692, á propósito de las respuestas dadas á su *Historia de las Variaciones*, y fijos los ojos en las obras de Jurieu, de Bayle y de sus cofrades, formulaba en los *Six Avertissements aux Protestants* (*Seis Advertencias á los Protestantes*) el balance del pensamiento protestante y profetizaba con precisión admirable que iría á parar fatalmente al libre pensamiento. En 1692 censura las curiosidades indiscretas de Elías du Pin sobre los primeros concilios; y en 1694 el imprudente alegato de un P. Caftaro en favor del teatro le ofrece la ocasión, por él deseada, de indignarse contra el pernicioso abandono, por parte de los teólogos, de los principios de la moral severa. Entonces es cuando, habiendo descubierto la complicidad de Fenelón con el misticismo de la señora de Guyón, lanza uno tras otro, desde 1695 á 1699, una treintena de escritos primero contra los dos aliados y después contra Fenelón solo. En 1699, encargado de reanudar con Leibniz, mandatario del Elector de Hanóver, las negociaciones para reunir á los luteranos con la Iglesia romana, sostiene con más acritud que nunca la imposibilidad en que se halla el catolicismo de prestarse á transacción alguna sobre ningún punto de doctrina. En 1700, con motivo de la asamblea del clero, se constituye francamente en campeón de la doctrina agustiniana de la Gracia y del Pecado y se atreve á denunciar hasta en los escritos de un cardenal romano, Sfondrata, la blandura dogmática y la culpable mansedumbre. En 1701, en la cuestión de los Ritos chinos (1), declárase contrario á la tolerancia de los jesuitas y combate, de paso, á aquellos cartesianos que pretenden explicar racionalmente todos los misterios, incluso la Eucaristía, y á los eruditos bastante insensatos para afirmar una supuesta identidad de la sabiduría filosófica de los paganos y la sabiduría cristiana. En 1700-1701 proclama de nuevo, en sus *Instrucciones pastorales sobre las promesas de Jesús-Christ á su Iglesia* (*Instrucciones pastorales sobre las promesas de Jesucristo á su Iglesia*), el principio de la perpetuidad invariable que ve abandonado en todas partes, hasta en el catolicismo. Desde 1700 á 1704, envejecido, enfermo, denuncia el *Nuevo Testamento* de Simón y trabaja, casi hasta el momento mismo de su muerte, en la *Politique tirée de l'Écriture sainte* (*Política sacada de la Sagrada Escritura*), en un *Traité de l'autorité des Jugements ecclésiastiques* (*Tratado de la*

(1) Véanse págs. 500 y 527.

autoridad de los Juicios eclesiásticos), y dedica los últimos restos de su dialéctica á fortalecer las dos autoridades, civil y espiritual, cuyo absolutismo, cada uno dentro de su esfera, debe ser urgentemente salvado contra todas las «relajaciones,» todas las «independencias,» todos los caprichos criminales del *sentido propio*. Porque detrás de los filósofos y de los eruditos cristianos, lo mismo que detrás del hereje y del cismático, ve alzarse al incrédulo.

Pero en esta resistencia Bossuet está casi solo y no logra ya hacer prohibir, ni siquiera corregir, las obras que denuncia. Sus angustias, sus indignaciones no hallan eco en ninguna parte; un ministro, Pontchartrain, á pesar de ser amigo suyo, quiere impedirle que alce libremente contra los errores su voz de «viejo obispo,» «centinela de Israel;» y entre sus mismos amigos, sólo encuentra apatía, inerte en unos, en otros burlona. Sus adversarios de la nueva generación arremeten sin empucho contra él, echándole en cara sus anticuadas tiranías ó las insuficiencias notorias de su ciencia y de su filosofía, ó descuentan tranquilamente su próxima desaparición. Muere Bossuet y los derrumbamientos por él predichos en el orden religioso no se hacen esperar. Uno de aquellos imprevisores, á quienes él de buena gana habría tratado severamente, el P. André, escribe en 16 de diciembre de 1717:

«¡No sé en dónde estoy! Oigo decir que el hombre puede salvarse sin la fe en Jesucristo y que sólo un Dios remunerador de la virtud es absolutamente necesario para la salvación. Cuando veo formular tales dudas, paréceme que la religión toca á su término.»

CAPÍTULO II

FIN DEL «GRAN GUSTO»

I. La literatura. — II. Las bellas artes

I. — La literatura (2)

La literatura no es estéril, ni mucho menos durante el período que media entre la retirada de Racine del teatro (1677) y la muerte de Fenelón (1715). Las «gacetas» literarias se multiplican para satisfacer con sus informaciones ó con sus «extractos» una curiosidad que

(2) Respecto de la historia literaria de esta época en general: FUENTES: La Bruyere, *Caractères*, en los capítulos *des Ouvrages de l'Esprit, de Quelques Usages, de la Chaire*. Fenelón, *Lettres à l'Académie française*, ed. Cahen, Perrault y Fontenelle, obras citadas en el texto. Las *Correspondances* de Boileau y Brossette, de Bayle, de J. B. Rousseau y Luis Racine, de Mateo Marais, del P. Nicasio, etc. Las *Mémoires de Trévoux*, el *Mercurie galant*, el *Journal des Savants*.

OBRAS DE CONSULTA: Además de las obras de Villemain, de Alejandro Vinet, de Hettner sobre la literatura del siglo XVIII, los artículos de Sainte-Beuve, particularmente numerosos para este período (véanse C. Pierrot, *Table générale des Lundis, Portraits de femmes et portraits littéraires*, págs. 51-53; Victor Giraud, *Table alphabétique et analytique des Premiers Lundis, Nouveaux Lundis et Portraits contemporains*). F. Beaunetiere, *Manuel* «sexta época, 1687-1722.» Emilio Faguet, *XVII^e siècle*, París, 1885; *XVIII^e siècle*, P., 1890; Desnoiresterres, *Les Cours galantes*, P., 4 vol., 1860-1864. Fernando Brunot, *Histoire de la Langue française* (en curso de publicación). Hatin, *Bibliographie de la presse périodique*, París, 1866. En la serie «Les Grands Ecrivains français»

de día en día aumenta. Mas como sucede siempre después de las épocas muy brillantes en que han abundado las inteligencias creadoras, los escritores, por más que se agitan en busca de lo mejor, no pueden substraerse á la dominación de los maestros de la vispera.

La forma no se rejuvenece; la prosa, no obstante el esfuerzo de La Bruyere para hacer más penetrante el pensamiento, sea por el vocablo raro, sea por el giro picante, no consigue desprenderse de la pesada majestad del siglo XVII. Todos los escritores, Fontenelle y Le Sage inclusive, tienen un estilo en el que sus ideas, siempre irrespetuosas, parecen á veces más irónicas de lo que en realidad quieren ser.

También en el idioma subsiste el purismo. Como Vaugelas, como el P. Bouhours, la Academia francesa, que ha llegado á ser el oráculo oficial en materia de lengua, entiende que el estilo escrito debe «rechazar» toda expresión que no sea, no sólo del todo decente, sino, además, elevada y «noble;» todos los neologismos que pudieran producirse en lo porvenir sin el asentimiento de las personas de buen tono; todas las palabras anticuadas que son «como si nunca hubiesen sido;» todos los términos técnicos que el vulgo no entiende ó que «las gentes de bien,» bien nacidas ó bien educadas, están expuestas á no entender. El *Diccionario*, cuya primera edición publica la Academia en 1694, consagra esas exclusiones desdeñosas y la inmensa mayoría de los escritores las aceptan; y aunque La Bruyere, también en este punto, expresa con insistencia su añoranza de las riquezas coloridas del siglo XVI, y Furetiere, Bayle, la Motte, Fenelón, Fontenelle y el P. de Saint-Pierre, reclaman para ideas y hechos nuevos nuevas palabras, los gramáticos conservadores, opinando que el idioma está «fijado» tal como había querido Richelieu, no trabajan en otra cosa que en velar por el vocablo y en erizar la sintaxis.

Del mismo modo que Vaugelas y Balzac en la prosa, sigue reinando Malherbe en el verso, y la poesía permanece estancada en la nobleza decente ó en la gracia elegante con Chaulieu, La Fare, La Faye y la señora Deshoulières. J. B. Rousseau observa concienzudamente en la oda las reglas del desorden premeditado y del escenario mitológico. Y cuando la filosofía de Descartes deja sentir su influencia en la poesía es «para degollarla,» como decía, desolado, Boileau; bien se ve esto en Antonio Houdar de la Motte, poeta filósofo, quien no descubre otro medio de salvar la poesía que substituir en ella primeramente la prosa al verso y luego el razonamiento á la imaginación, la ciencia al sentimiento, dedicándose con celo terrible á esa poesía predicante y didáctica que se cultivará en el siglo XVIII hasta la aparición de Andrés Chenier (1).

(París, Hachette), se han publicado monografías sobre FONTENELLE, por Laborde Milán; LE SAGE, por Lintilhac, LA BRUYERE, por Morillot; FENELÓN, por Pablou Janet. Véase en las páginas siguientes para cada género literario.

(1) FUENTES: Las principales obras están en: Crepet, *Les Poètes français*. Houdar de la Motte, *Œuvres*, París, 1754, 11 vol. en 12.° J. B. Rousseau, *Œuvres lyriques*, ed. Eugenio Manuel, P., 1898.

OBRAS DE CONSULTA: F. Brunetiere, *L'Évolution de la poésie lyrique*, 1.ª lección, P., 1905. P. Dupont, *Houdar de la Motte*, P., 1898. H. Potez, *L'Épique en France avant le Romantisme*, P., 1876.

En el teatro (2), la tragedia vive de su pasado: intriga y caracteres, palabras y gestos se mantienen servilmente conformes con las «recetas» del P. de Aubignac y con las tragedias-tipos de Racine. En 1708 el rudo Crebillón, que explota el «terror» y cultiva el género horrible, crea una Electra enamorada.

La comedia, que vuelve á ser más alegre y hasta bufona con Regnard (*Locuras amorosas*, 1704, y *El legatario universal*, 1708), recobra más originalidad con Dancourt. Este actor-autor, en pequeñas piezas sin pretensiones, se dedica únicamente á la actualidad de la vida parisiense; pero pone en esos croquis algo más que ingenio travieso, pues anota en ellos, exactamente observados, el detalle documental, el rasgo revelador de las transformaciones íntimas de la sociedad contemporánea, la mezcla, por ambas partes interesada, de la aristocracia con la pequeña clase media. Lo mismo hace, aunque de una manera más completa, Le Sage: su *Turcaret*, caricaturesco, es sólido porque es realmente el advenedizo de aquella época, «el hombre de nada» á quien ha bastado ser «muy entendido en números» para llegar hasta uno de esos empleos de la hacienda pública que si no poseen todavía la virtud de «desbatar á quienes los ocupan,» hacen de ellos grandes é indispensables personajes. Y los criados de Le Sage (Frontín y Crispín), «hartos de ser criados» y mucho más ambiciosos y altivos que el Scapín de Molière, también representan á los que se elevan desde las más humildes posiciones. La oposición que á *Turcaret* hicieron los asentistas, como la que habían hecho en otro tiempo á *Tartuffe* los «devotos,» demostró el alcance social que la obra tenía.

La fecundidad que había tenido la novela (3) en el siglo XVII aumenta todavía. La avidez de los lectores es grande y sus proveedores, mujeres en su mayor parte, imitan menos, y con su cuenta y razón, á la señora de

(2) FUENTES: T. Corneille, *Œuvres*; P., 1722, 5 vol. Crebillón, *Œuvres*, 1756. E. Boursault, *Théâtre*, P., 1694, 3 vol. J. F. Regnard, *Théâtre*, P., 1731, 5 vol. Dancourt, *Théâtre*, P., 1711, Dufresny, *Œuvres*, P., 1790. Le Sage, *Œuvres complètes*, P., 1821, 12 vol.

OBRAS DE CONSULTA: Petit de Juleville, *Le Théâtre en France*, P. s. f. F. Brunetiere, *Les Époques du Théâtre français*, P., 1901. *Histoire et Littérature*, t. II; *Études critiques*, 3.ª serie (*Le Sage*), y 7.ª serie, pág. 191 y sig. (*L'Évolution de la Tragédie*). M. Du-trait, *La Vie et le Théâtre de Crébillon*, P., 1896. G. Reynier; *Th. Corneille*, P., 1893. G. Lansón, *Nivelle de la Chaussée et la comédie larmoyante*, pág. 80-105. J. J. Weiss, artículo sobre Regnard en los *Essais sur l'histoire de la Littérature française*, P., 1865, y P. Toldo en la «Rev. d'his. litt. de la France,» 1903 y 1905. J. Lemaître, *La Comédie après Molière et le théâtre de Dancourt*, P., 1882. Lintilhac, *Le Sage*, P., 1893. Barberet, *Le Sage et le théâtre de la foire*, Nancy, 1887. Mauricio Albert, *La Comédie italienne*, P., 1890.

(3) FUENTES: *La Princesse de Clèves* data de 1678. Véase de Haussouville, *Mme. de La Fayette*, París, 1891. Hamilton, *Mémoires du comte de Grammont*, 1713. Sandraz de Courtiz, *Mémoires de M. d'Artagnan, 1701-1702*, 3 vol., reimpr., París, 1896. Señora de Aulnoy, *Histoires d'Hippolyte, comte de Douglas*, París, 1690, y de Jean de Bourbon, *prince de Carency*, La Haya, 1692. Señora de Gómez, *Histoire secrète de la conquête de Grenade*, 1723, etc. Le Sage, *Œuvres*, ed. citada.

OBRAS DE CONSULTA: Sainte-Beuve; Pablo Morillot, *Le Roman en France, depuis 1610*, P., s. f. Andrés Le Bretón, *Le Roman au XVII^e siècle*, P., 1890, *au XVIII^e siècle*, P., 1898. León Claretie, *Le Sage romancier*, P., 1890. F. Brunetiere, *Études Critiques*, 3.ª y 4.ª series, 1907; *Histoire et Littérature*, t. II, 1898.